

La Luz del Porvenir

Gracia 2 de

Noviembre de 1893.

PRECIOS DE SUSCRIPCION.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Extranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol, 5, bajos,
y calle del Cañón, 9, principal

SE PUBLICA LOS JUEVES

PUNTOS DE SUSCRIPCION

En Lérida, Cármen 26, 3 En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, S. Francisco, 28, imprenta.

SUMARIO.—Hablan los hechos.—Funestos resultados del orgullo.—A una niña ciega.

HABLAN LOS HECHOS

Hace algunos días, que estando hablando con Augusto, (un buen espiritista) y con Antonio (esceptico y ateo á marcha martillo) que no cree ni en su sombra, decía este último riéndose alegremente.

—No os enfadeis por mi franqueza, yo respeto todos los ideales, pero la candidez de los espiritistas, me hace reir aun cuando tenga motivos para llorar, por que ellos ven con los ojos cerrados más que todos los astrónomos del Universo con los telescopios de más potencia. ¡Qué vale el ver los rios, los mares, las montañas, los volcanes, los bosques, los valles, y la atmósfera envolvente de otros planetas, en comparación de ver la madre desolada al tierno pequeñuelo que le arrebató la dictería, (que es la guillotina de los chiquillos) verlo sano y salvo, ver la viuda inconsolable á su marido (que quizá murió aplastado bajo el peso de la cruz del matrimonio) ver la pobre huérfana á su madre rebozando vida, (después de haberla ella amortajado,) ver la jóven enamorada (que se quedó con su traje de novia sin estrenar) á su prometido que murió tísico y que después de muerto, la persigue por do quiera más celoso y más entusiasmado que cuando estaba en la Tierra, vamos, si ven los espiritistas unas cosas.... que nadie las ve más que ellos!.... cuando en realidad, al que se muere lo entierran, y si se tiene el mal gusto de abrir el ataúd un año después, solo se encuentra un montón de polvo de un color indefinido y una muchedumbre de gusanos, que son los legítimos herederos que dejan todos los muertos si la ciencia no se encarga de embalsamarlos, y aquí paz y después, gloria. Y no es que yo no quiera creer, por que he leído y aún más, he estudiado las obras fundamentales del Espiritismo. Su moral me agrada, ¿como no? si es la moral de todos los tiempos; pero las manifestaciones de los espíritus es lo que me hace reir y mirar muy atentamente á los que tienen tan buenas tragaderas, á ver que encuentro en sus ojos que los diferencie de los míos, y mientras más miro... menos veo.

—Ya lo creo, dijo Augusto sonriéndose, ya puedes mirar siglos y siglos (si fuera posible que con tu envoltura actual pudieras permanecer en la Tierra centenares de años,) que por más que mires nunca verás más que la sombra que te rodea; no ves que tu espíritu dice como los cardenales que juzgaron á Galileo: *no quiero mirar.*

—Estás en un error; yo quiero ver.

—Qué has de querer ver.... si tu mismo cubres el Sol de la verdad con la niebla de tu absoluta negación. Tu te ries de todo porque te parece que eso da ínfulas

de sabio. Yo en cambio no me río de nada y digo como decía Confucio: *que la ciencia es saber que se sabe lo que únicamente se sabe, y saber que no se sabe lo mucho que se ignora*. Yo soy espiritista y no creo lo que muchos mediums dicen que ven, por que hay en esto mucho que entender y que estudiar y saber conocer quien es el que miente, si el medium por su cuenta y riesgo ó el espíritu que le domina y le hace ver lo que en realidad no existe. Negar en absoluto que hay personas videntes es como si negáramos, que el Sol alumbraba en un día sereno en que el cielo no tiene ni una nube; y para que veas de que modo hablan los hechos te contaré lo que le ocurrió á una muchacha en una población fabril muy cerca de Barcelona el 19 de Septiembre del año 89.

La chica en cuestión no era espiritista, hija de una buena familia de labradores, ignoraba por completo que los *muertos* se comunicasen con los *vivos*. Por causas que no he querido averiguar, María sintió vivísimos deseos de morir antes de tiempo, hasta el punto que el día antes mencionado salió por la tarde de su casa diciéndole á sus padres que iba al huerto como tenía de costumbre á coger un cesto de fruta. Su familia la dejó marchar sin la más leve inquietud por que María no revelaba en su semblante la horrible tempestad que había en su alma. En vez de irse al huerto se fué á casa de una amiga suya á esperar que llegase la noche, allí estuvo largo rato, y al oscurecer se dirigió al puente de la *Salud* que tiene de altura unos 45 metros. Al llegar al puente la contrarió muchísimo el ver que no estaba aquel lugar tan solitario como ella deseaba, pues eran muchos los labradores que volvían con sus carros cargados de uvas, otros trabajadores que iban á pié les llamó la atención ver aquella jóven en aquel lugar tan apartado, y varios fueron los que la interrogaron diciéndole que hacía allí; ella contestó que esperaba á su hermano que pasara con el carro, y como la vieron tan tranquila y algunos la conocían creyeron buenamente lo que María les dijo.

Al fin, entrada la noche se quedó aquel paraje solitario, y entonces comenzó la gran lucha para María, por que quería matarse, apoyaba las manos en la baranda del puente y al querer hacer el empuje para subirse sobre esta, le faltaban las fuerzas y se distraía su atención viendo una luz muy viva y oyendo el ruido de un carruaje y las fuertes pisadas de varios caballos. María sin saber como se apartó del puente para dejar pasar el coche, esperando el quedarse sola para realizar su deseo, más cosa estraña, desapareció la luz y el carruaje no pasó por el puente. Volvió María á intentar el encaramarse sobre la baranda para tirarse al río y vió de nuevo la luz, y oyó el ruido del coche que parecía que los caballos volaban y se retiró y se acercó otra vez, y así estuvo no sabe cuanto tiempo oyendo ruido y viendo la luz, al fin pudo hacer un gran esfuerzo y se sentó sobre la baranda y ya tenía los brazos abiertos para lanzarse al vacío, cuando aquella luz agrandándose de un modo extraordinario, iluminó como si fuera en pleno día todo el paisaje, sintiendo la jóven como si alguien la levantara y en vez de caer al río, cayó sobre el puente viendo como aquel Sol iba amenguando sus rayos, y se perdía en el horizonte tras las montañas. María sin saber lo que le pasaba gritó. ¡Dios mio! ¡perdóname! y llanto copiosísimo brotó de sus ojos, recordó á sus padres, se horrorizó del crimen que iba á cometer, vió la desesperación en que hubiera sumido á su familia y lloró con ese llanto que lava y purifica el alma; comprendió que se había operado en favor de ella algo extraordinario que no podía explicarse, pero que el hecho indudablemente se había verificado; y al verse tan lejos de la población sintió miedo, le asustó la oscuridad que reinaba en torno suyo, y cayendo de rodillas exclamó: ¡Dios mio!.... envíame un rayo de luz para volver al buen camino; y acto continuo, vió una ráfaga

luminosa que difundió pálida claridad. María se levantó emocionadísima y emprendió la marcha siempre rodeada de un reflejo luminoso, no atreviéndose á presentarse á sus padres sinó á la amiga en cuya compañía había pasado la tarde. Esta en cuanto la vió se apresuró á llevarla á su casa y allí hubo la escena que os podeis figurar, por que los padres de María se habían vuelto locos buscándola por todas partes, menos en el sitio donde se hallaba, por que no tenían la menor sospecha de que su hija tuviese tales pensamientos de morir violentamente. Yo he hablado con María, su limitada inteligencia no es para inventar ni esto ni aquello, la idea del suicidio confiesa ingenuamente que la tenía hace mucho tiempo, salió decidida á morir y quería hacerlo en completa soledad para que nadie tuviera ocasión de salvarla, luego lo que vió fué contra su voluntad, no tenía la menor noción de Espiritismo, no pudo pues evocar ni á este, ni al otro espíritu, ya ves como también son videntes los que ni remotamente saben que los muertos viven. Creeme, no te rías de lo que no entiendes, pues en verdad te digo, que los que tal hacen, arrastran su sabiduría por el suelo.

—¿Y me puedes citar muchos casos como el que me has referido?

—A centenares, no ves que las apariciones y las revelaciones de los espíritus no tienen nada de extraordinario? no son más que la manifestación de leyes naturales, (desconocidas) por que las religiones han tenido sumo cuidado en ocultar sus demostraciones, y solo han hablado de ellas cuando les ha convenido para aumentar su prestigio con fábulas y consejas en las cuales los milagros han jugado un gran papel.

—Y tú, ¿has visto muchas cosas estrañas?

—Estrañas no; he visto muchos cuadros alegóricos que luego el curso de los acontecimientos me ha dado la explicación de ellos. Hace algunos años que vi un cuadro que me llamó vivamente la atención, y luego el tiempo me ha hecho apreciar su valor.

—¿Y que representaba, soles y estrellas, palmas y coronas, y celajes de color de rosa en un cielo celeste palido?

—No; muy al contrario, vi un camino anchuroso muy lleno de barro, por el cruzaba un carro lleno de maleza y hojarasca seca que á duras penas sacaba de los atolladeros el caballo que arrastraba el humilde vehículo. Una mujer de mediana edad ni fea ni hermosa, vestida con una túnica gris caminaba junto al carro llevando sobre sus débiles hombros una cruz de madera que nadie le ayudaba á sostener su peso. ¡Con cuanta fatiga avanzaba la pecadora! sin separarse del vehículo que á lo mejor se hundia en el barro y el caballo por más esfuerzos que hacía no podia salir del lodazal, hata que la mujer le animaba con sus palabras cariñosas y entonces todos salian adelante. Mucho tiempo estuve contemplando aquel cuadro melancólico sin adivinar lo que significaba hasta que uno de mis amigos del espacio me dijo asi:—“El carro representa el progreso que siempre tiene que arrancar los árboles secos de las tradiciones luchando á la vez con innumerables obstáculos para enarbolar su bandera luminosa: la mujer que lo guia es una propagandista del Espiritismo, que con la cruz de su expiación acuestas, tiene que ir pagando sus muchas deudas y tiene que ir á la vez progresando difundiendo la luz esplendente de la verdad, por eso en su penosísima jornada no se separa del carro del progreso.”

Ya vez como no vi, ni soles, ni estrellas, ni palmas, ni coronas, ni celajes color de rosa, sino sencillamente un cuadro muy real, muy positivo, pues la mujer que guiaba el carro vive de la misma manera que yo la vi, su camino no está sembra-

do de rosas, lucha sin descanso para propagar la verdad del Espiritismo, y su adelanto le cuesta muchas horas de angustia.

—Pues hombre, dame lecciones, que yo quiero ver algo.

—Ya verás, no te apures, los días no tienen fin; cuando dejes la Tierra y te encuentres que sientes, que piensas que recuerdas, no una existencia, sino millones de existencias, entonces dirás lo que yo te digo: *Hablan los hechos*, y su lenguaje es tan elocuente que no hay más remedio que decir: No lo sabía todo, comenzando por ignorar los componentes de mi ser.

—Si para tan largo me lo fias... yo quiero ver ahora.

—Pues comienza por querer mirar con el telescopio de la razón, y ante lo que no comprendas no digas *esto es mentira*, di sencillamente: Lo que no entiendo hoy lo entenderé mañana, por que te lo repito, la convicción llega cuando *hablan los hechos*. Yo me he convencido de la grandeza del Espiritismo no sólo por los fenómenos que he visto operarse en torno mio, sino por las virtudes que he admirado en algunos espiritistas.

—¿Le hace á uno más bueno hablar con los muertos?

—Indudablemente; aunque te cause risa, ¿no vez que el miedo guarda la viña? el saber que todo se paga contiene mucho los malos deseos; y yo he visto acciones en algunos espiritistas dignas de ser estudiadas é imitadas si se quiere merecer en justicia el dictado de bueno; y para que juzgues escucha.

En un pueblo de la provincia de Alicante, fueron unos Misioneros hace algún tiempo y desde la cátedra del espíritu Santo, (como ellos llaman al púlpito,) lanzaron todas las excomuniones habidas y por haber sobre el Espiritismo. De sus bocas salieron sapos y culebras, y con la intención más perversa aconsejaron á sus oyentes que sin pérdida de tiempo hicieran una segunda *noche de San Bartolome* con los espiritistas, como la hicieron en Francia con los hugonotes. Ante tan inicuos consejos el cura de la parroquia. (que es un hombre muy sensato.) puso el grito en el cielo y dirigiéndose á los fieles les amonestó diciendo que no atentaran á la vida de nadie, mucho más, que los espiritistas eran completamente inofensivos. Sus palabras, no encontraron eco en algunos fanáticos, que siguiendo las indicaciones de los misioneros se armaron de piedras y se situaron en las cercanías de la casa de un anciano espiritista, para apedrearle en el momento que le vieran en la mitad de la calle. No tardó en salir el anciano, y al punto recibió una pedrada que le obligó á refugiarse en su casa de prisa y corriendo; algunos dias después, el hombre sin corazón que trató de herirle, mejor dicho de matarle, cayó gravemente enfermo, y como era un pobre jornalero pronto la miseria llamó á su puerta, pero no la dejó entrar el anciano espiritista, puesto que fué á ver al enfermo y con el mayor disimulo siempre que le visitaba le dejaba debajo de la almohada algún dinero para los gastos más indispensables, y cuando el obrero entró en el periodo de la convalecencia le dijo:—Para que el tiempo no lo encuentres tan pesado, vente á tener cuidado de mis trabajadores, te sientas á la sombra de un árbol, te paseas otros ratos para vigilar y ganarás tu jornalito sin darte cuenta que estás trabajando. El obrero maravillado ante tanta generosidad exclamó:—¿Y pensar que hubo un día que yo me puse á la puerta de su casa con intención de matarle!... ¡siendo V. tan bueno!... ¡tan generoso!...—¿Qué estás diciendo? replicó el anciano espiritista, no recuerdo tal escena, las calenturas que has pasado te han hecho ver visiones, créeme muchacho ó has tenido un mal sueño ó la fiebre te ha hecho delirar, por que tal hecho no se ha realizado.

—En verdad Augusto que es hasta donde puede llegar la bondad de un hom-

bre. ¿Ves? ese rasgo ha logrado conmoverme, ¿y todos los espiritistas son así?

—No; pero pueden serlo; por que saben que sin amor no hay salvación; y cuando se adquiere el racional convencimiento que lo que no se gana no se obtiene, ya trata uno de mejorar sus costumbres y de engrandecer su sentimiento, por que sabe que no son las buenas palabras las que le harán avanzar por la senda del progreso, que se necesita otro lenguaje más energico, ¿sabes cual es? que hablen los hechos.

Se despidió Augusto, y el esceptico,, el ateo no siguió atacando el Espiritismo; no dire por esto que cambie bruscamente de opinión, pero el relato de Augusto, le impresionó indudablemente; por que nada tan persuasivo como la verdad, puesto que en su nombre *hablan los hechos*.

AMALIA DOMINGO SOLER

FUNESTOS RESULTADOS DEL ORGULLO

El orgullo es uno de los vicios más graves de este mundo; hasta que no desaparezca de la tierra no será feliz la humanidad; él hace de los reyes, unos tiranos y arma el brazo de los ambiciosos para degollar pueblos enteros. Nuestro papá Cipriano decía que lo que más aborrecía en el mundo es la soberbia y varias veces hemos oido referir á nuestra abuelita una historia que prueba lo que vamos diciendo y aunque como contada por nosotras será poco agradable y desprovista de aquellos adornos con que podría referirla un buen escritor; valga por lo que valiere vamos á comunicarla á los lectores de la Luz.

En una populosa ciudad cuyo nombre no hace al caso, vivía un general que había merecido bien de la patria por haberla defendido con mucho empeño contra los carlistas. Este señor era viudo ya entrado en años; tenía un excelente corazón y una clara inteligencia: cuantos le rodeaban le querian y en especial su servidumbre entre la cual se contaba una camarera de rostro agraciado pero sumamente orgullosa por cierta predilección que su dueño le manifestaba. La jóven que no era tonta comprendió que podía explotar esta simpatía en provecho propio y tales mañas se dió y por tan excelente persona procuró pasar á los ojos del general que éste que era un bonachon se casó con ella y cádate á nuestra sirvienta hecha toda una generala cuasi por arte de birlibirloque con lo cual se enargulleció tanto que la tierra era poca para ella. Sus compañeros de servicio fueron despedidos y de los que entraban nuevos ninguno aguantaba ocho días; pero donde más se cegaba el despotismo de esta ingrata y mala mujer era en los asistentes más sujetos á ella por la disciplina militar: varios habían sido ya relevados y uno á quien solo faltaban tres meses para cumplir iba aguantando porque decía no quería mudanzas por tan poco tiempo y sufría y callaba y sobre él recaían las iras de su dueña que eran ya una cosa en demasía.

Todos los días iba el asistente al mercado y ya se sabía que al volver, le aguardaban unas riñas del diantre, por si esto era caro, por si aquello era malo, por si lo demás allá estaba falto de peso, en fin, por mil nimiedades. Más aun estaba el chico destinado, á sufrir mayores amarguras.

Vinieron unas fiestas, ¡que ojalá nunca vinieran! en las cuales la generala gastó á tontas y á locas, y como no apuntaba los gastos, ni sacaba cuentas, tal vez por-

que no supiera, le pareció á ojo de buen cubero que le faltaban cinco duros, y empezó á sospechar del asistente, que por cierto, era muy honrado, y aprovechando una mañana la coyuntura de estar él, en la compra, fué á su cuarto, le registró el baul, y por desgracia halló una moneda de cien reales: no fué menester más para acabar de convencerla, de que el asistente, se los había quitado; porque la lógica, de aquella mujer sin seso, era la siguiente: "á mi me faltan cinco duros, otro los tiene, pues es porque me los ha robado." Así es que se puso furiosa, y cuando vino el infeliz muchacho, empezó á maltratarlo, de palabra y de obra, le tiró la carne á la cara, diciéndole, que solo él era capaz de comprar semejantes porquerías, los huevos, só pretesto, de que eran pequeños dijo que no los admitia, que se los comiera él, y comprara otros de su bolsillo, que bien lo podía hacer con lo que á ella le robaba. Quedóse el asistente perplejo, al oír tan grave acusación y viendo ella su confusión, continuó: Si eres un ladrón; me has robado cinco duros, que á mi me faltan, yo los he visto en tu baúl y te voy á mandar á un presidio.

La indignación, la rabia y el amor propio herido en lo mas vivo, no dejaron disculparse al acusado. Tal fué la cólera que sintió, que cegó su espíritu; y resolvió, vengarse de la mujer, que á todas horas lo martirizaba, y habia puesto el colmo á sus ofensas, dudando de su intachable honradez. Así que le dirigió una mirada en la cual habia un mundo de odio, entró en su cuarto que estaba contiguo y tomando una carabina descerrajó un tiro á su dueña. Acudió gente en tropel al oír la detonación y entónces ella con apagada voz refirió á su marido lo que le habia pasado, diciéndole que cuando el asistente se alejó de ella dirigiéndole aquella mirada comprendió que la iba á matar y se le clavaron los pies en el suelo de modo que no pudo huir. El general le dijo que aquella moneda de cinco duros se la habia regalado él al asistente en vista de que eran fiestas y para que asistiese á su madre; entónces la generala profundamente arrepentida dijo que perdonaba á su matador y que queria morir con la promesa de que hicieran todo cuanto pudieran para salvarle la vida. Solemnemente se lo juró el general, y al cabo de veinticuatro horas falleció aquella desgraciada mujer víctima de su orgullo, de la ira de su criado y de los malos espíritus que en nuestras exaltadas pasiones nos empujan por malos caminos.

Mas no paró ahí la tragedia: el asistente despues de asesinar á su generala comprendió que él era hombre muerto también, y por evitarse la vergüenza de salir al garrote cogió una navaja de afeitar y quiso degollarse: detuviéronle á tiempo y solo pudo malherirse, entonces desesperado se tiró al pozo de donde lo extrajeron con vida aunque en gravísimo estado. Lo llevaron al hospital y en cuanto se restableció un poco, empezaron á juzgarlo, si bien él perdió el habla por la herida de la garganta. En aquel tiempo dicen que las leyes eran mas durísimas que ahora y por mas que el general trabajaba no podía conseguir misericordia para aquel infeliz. Pon fin en vista de que ya iban á poner en capilla al reo determinó aquel buen señor marcharse á Madrid y allí con muchas influencias y muchos dineros consiguió el indulto que inmediatamente se telegrafió. Mas poco le valió al pobre muchacho, porque al mismo tiempo que recibía la noticia del indulto, recibió tambien una carta de su madre; en la cual le decia, estaba con pena por no tener noticias suyas hacía tanto tiempo y que rogaba á Dios no le sucediera ningún mal en los veinte días que le faltaban para acabar el servicio, que sólo eran veinte que los contaba uno por uno, que cada hora se le hacia un siglo etc. etc. El desgraciado asistente se había vuelto casi mudo, y no pudiendo hablar nada para desahogar sus sentimientos, empezó á llorar y entre el llanto y lo mucho que se había afectado del in-

culto y de la carta, se le abrió la herida de la garganta y á muy pocos días murió.

Si fuéramos de aquellos que dicen que el morir es término de todo padecimiento, ó principio de una vida perdurable en los infiernos, creéramos que esos dos espíritus, ó han acabado de padecer, ó estan en las calderas de Pedro Botero.

Pero esto no está conforme con la justicia de Dios, ¡quien sabe, como ha terminado la historia que tal vez aqui empezaron la generala y el asistente!

Ambos fueron muy culpables, pero la misericordia divina es más grande que nuestras culpas, y así es de creer que se arrepentirán y seran felices. De todos modos no nos dejemos llevar nunca de la soberbía y de la ira, porque el caso es progresar aprisa para alcanzar la mayor suma de dicha en el menor tiempo posible; y estos dos defectos tan gravísimos nos atacan en el camino del mal y hacen que seamos muy desgraciados.

Y esto es lo que queremos contar á quien lo leyera, si es que no lo hemos hecho bien, perdonen por Dios que cuando seamos mayores lo haremos mejor.

MATILDE Y AURELIO RÁS

UNA NIÑA CIEGA

No tienes luz en los ojos,
más la tienes en el alma,
que hay en tu rostro la calma
del que vive sin dolor.
De las auroras terrestres
tú no ves los arreboles;
pero quizá de otros soles
contemplas el resplandor.

Por que es del todo imposible
de que tú en la sombra vivas
y que la luz no recibas:
sin ella, ¿cómo vivir?
Sin ella, por la sonrisa
tus labios no se entreabieran,
y en tu frente se leyera
quejas de amargo sufrir.

Yo te miro, y quedo absorta,
por que con tu alegre acento
y tu febril movimiento
tu viveza y tu espresión.
No puede ser, es mentira
que sin luz estén tus ojos,
y que una senda de abrojos
recorras en tu espresión.

No eres ciega, no, ¡imposible!
¿tú en la sombra? ¡qué locura!
si en tu rostro la ventura
irradia su clara luz.
"Tienes razon; (dice un alma
que en los espacios habita:)

Estudia á esa ciegucecita
que tiene y no tiene cruz."

"Pues tiene luz en su alma
y luz en su pensamiento,
en su dulce sentimiento
y en su amante corazón.
El volúmen de su historia
tiene hojas llenas de flores,
de tan hermosos colores
que causan admiración."

"Aunque esa niña es un astro
que por los espacios sube,
necesita de una nube
mientras en la Tierra esté.
Mírala bien, es la imágen
de la fé dulce y sencilla
en sus ojos nada brilla:
tiene una venda y no ve.

"Y no ve, por que si viera
de ese mundo los abrojos,
tuviera tantos enojos
que hasta quisiera morir.
Ya ves que estraño misterio,
no viendo, en el cielo vive;
no viendo, la luz recibe
que la hace alegre vivir."

"Es espíritu animoso,
pero por hoy necesita
una atmósfera bendita

de paz, de quietud y amor.
Y ese amor, y esa dulzura,
y esos cuidados prolijos,
á no estar sus ojos fijos
sin vida y sin resplandor.”

No los hubiera encontrado,
y ciega, es la preferida,
de los suyos es querida,
¡ser querida!... ¡qué placer!
¡Despertar el sentimiento
de esa compasión profunda
que en sacrificios fecunda
hace á un muerto renacerr!

“Por que prodiga consuelos
tan tiernos, tan expresivos,
que los que gimen cautivos
por espantosa expiación.
Al sentirse acariciados
por esa inmensa ternura,
bendicen su desventura
si despierta compasión.”

“Y esto le pasa á esa niña;
quiere verse tan amada
y ser tan acariciada,
que no le importa vivir
algún tiempo entre una nube
sin ver del Sol los fulgores,
sin ver de las bellas flores
sus corolas entreabrir ”

“Quiere amor, quiere caricias
y amantísimos desvelos,
por que sueña en sus anhelos
con un amor inmortal.
Y por ese goce inmenso
rechaza la luz del día,
por que su alma solo ansía
¡amor, amor celestial!”

“Y amor halla en torno de ella
cual le soñó en sus anhelos;
que hay en los suyos desvelos
que la llenan de placer.
Por eso está tan risueña
y vive en tan dulce calma;
por que reposa su alma
en los brazos del querer.”

“Luz, le da el amor que en torno
de su sér revoletéa,

y en su mente centellea
de otro Sol la eterna luz.
Ella ve sin duda alguna
los destellos de otros soles;
y viviendo entre arreboles
¿puede pesarle su cruz?”

“No le pesa, que no hay sombra
para un alma como ella;
que tiene fulgor de estrella
y en si lleva irradiación.
No es pues extraño tu asombro
al verla y al admirarla;
que no es dable contemplarla
sin sentir honda impresión.”

“No se ve luz en sus ojos
y la luz se encuentra en ella;
que tiene fulgor de estrella
y luz irradiá su ser.
Es ciega ¿pero que importa
si se ve que ve muy lejos
de otros soles los reflejos
que la inundan de placer?”

“Ciega con o ella, en la Tierra
no encontrarás quien la iguale;
su alma es noble, y tanto vale
que ahí no tiene apreciación.
No es pues extraño tu asombro
ni la impresión que te hizo;
es un ser que tiene hechizo
y verdadera atracción.”

“Evócala en tus recuerdos
como una visión hermosa;
aparición luminosa
que tiene y no tiene luz.
Que tiene muertos los ojos
y el alma de vida llena;
que el goce se une á su pena,
que tiene y no tiene cruz.”

Se fué el espíritu, y emocionado
el mio quedó;
La niña ciega que en la luz vive
me impresionó.

Astro eclipsado que en mi camino
un dia admiré:
¡alma sedienta de amor eterno!
¡Yo te amaré!

AMALIA DOMINGO SOLER.